

Hechos 11:19-30

Sermón Hechos 11:19-30 Rogate 1997

19 Ahora bien, los que habían sido esparcidos a causa de la persecución que hubo con motivo de Esteban, pasaron hasta Fenicia, Chipre y Antioquía, no hablando a nadie la palabra, sino sólo a los judíos. 20 Pero había entre ellos unos varones de Chipre y de Cirene, los cuales, cuando entraron en Antioquía, hablaron también a los griegos, anunciando el evangelio del Señor Jesús. 21 Y la mano del Señor estaba con ellos, y gran número creyó y se convirtió al Señor. 22 Llegó la noticia de estas cosas a oídos de la iglesia que estaba en Jerusalén; y enviaron a Bernabé que fuese hasta Antioquía. 23 Este, cuando llegó, y vio la gracia de Dios, se regocijó, y exhortó a todos a que con propósito de corazón permaneciesen fieles al Señor. 24 Porque era varón bueno, y lleno del Espíritu Santo y de fe. Y una gran multitud fue agregada al Señor. 25 Después fue Bernabé a Tarso para buscar a Saulo; y hallándole, le trajo a Antioquía. 26 Y se congregaron allí todo un año con la iglesia, y enseñaron a mucha gente; y a los discípulos se les llamó cristianos por primera vez en Antioquía.

27 En aquellos días unos profetas descendieron de Jerusalén a Antioquía. 28 Y levantándose uno de ellos, llamado Agabo, daba a entender por el Espíritu, que vendría una gran hambre en toda la tierra habitada; la cual sucedió en tiempo de Claudio. 29 Entonces los discípulos, cada uno conforme a lo que tenía, determinaron enviar socorro a los hermanos que habitaban en Judea; 30 lo cual en efecto hicieron, enviándolo a los ancianos por mano de Bernabé y de Saulo.

Nuestro texto nos informa que Antioquía fue el primer lugar en donde los seguidores de Jesús fueron llamados cristianos. El nombre todavía sigue vigente, todavía reclamamos serlos. Pero nos conviene, entonces, también examinar qué es lo que hizo notable esta primera iglesia que se llamaba cristiana en Antioquía, para que Dios nos pueda guiar también en nuestra vida como una congregación de Cristo hoy día. Meditemos, entonces, en el tema: **Una iglesia verdaderamente cristiana.**

Veremos que la iglesia de Antioquía era

I. Una iglesia con buenas nuevas para todos

II. Una iglesia con un fiel ministerio

III. Una iglesia que muestra su fe en la generosidad

La iglesia en Antioquía era una iglesia con buenas nuevas para todos. La iglesia realmente nació de la adversidad. Los cristianos en Jerusalén habían sido perseguidos, Estaban había sido muerto, muchos habían sido encarcelados. Cuando esto sucedió, los apóstoles permanecieron en Jerusalén. Su deber era compartir el sufrimiento de su pueblo y consolar a los afligidos. Pero los miembros en general no tenían esa obligación. Así que, para salvarse la vida, muchos salieron de Jerusalén, y llegaron hasta Fenicia, al norte de Palestina, a Chipre, una isla grande en el mediterráneo, y a Antioquía, una de las principales ciudades de Siria.

Habían perdido su hogar a causa de su fe en Cristo, pero esto no los hizo callar en sus nuevos hogares. Más bien, nos informa nuestro texto que hablaron la palabra. Seguramente ésta es la palabra de la muerte y la resurrección del Señor Jesucristo para el perdón de los pecados. ¿Qué era el hogar, qué era la seguridad, comparado con este tesoro que había llenado sus corazones? No pudieron callar. “Porque de la abundancia del corazón habla la boca”, dijo Cristo. A pesar de que la sinagoga en Jerusalén estaba rechazando a su Mesías, querían que los judíos que vivían en las regiones a donde llegaron supieran de aquel que había venido para salvar a su pueblo de sus pecados.

Sin embargo, parece que todavía no entendían el alcance verdadero del evangelio de Jesucristo, porque no hablaban “a nadie la palabra, sino sólo a los judíos”. Sabían que Jesucristo había venido para ser “gloria de su pueblo Israel”, pero no habían entendido todavía que debería ser también “luz para los gentiles”. Tal vez no estaban convencidos todavía, a pesar de que Pedro, por revelación de Dios, había entrado en la casa de Cornelio, un gentil, que el evangelio realmente podría ser para todos sin que primero se hagan judíos.

En donde cambió la situación fue especialmente en Antioquía. Allí había “entre ellos unos varones de Chipre y de Cirene, los cuales, cuando entraron en Antioquía, hablaron también a los griegos, anunciando el evangelio del Señor Jesús”. Chipre era una de las islas a donde llegaron los refugiados. Cirene era una ciudad lejana del norte de Africa. Eran lugares donde la población judía no sería demasiado grande, de modo que, a diferencia de los judíos palestinos, tendrían muchos contactos con sus vecinos griegos. No tenían los mismos escrúpulos que los cristianos que habían salido de Jerusalén. Ya que conocían a su Salvador, querían que todos lo conocieran. Así es que comenzaban a hablar también a los griegos. No quiere decir a los judíos helenizados, como cuando dice en la historia de la Pasión que unos griegos buscaban ver a Jesús. No, éstos eran gentiles, paganos, los que habían adorado a los ídolos. A ellos

comenzaron a hablar estos creyentes de Chipre y Cirene, “anunciando el evangelio del Señor Jesús”.

Para la mente de muchos de los creyentes judíos, esté era un paso revolucionario. Pedro había entrado en la casa de Cornelio, pero él al menos era un prosélito, o sea uno que profesaba fe ya en el Dios de Israel. Pero estas personas pertenecían al paganismo. Sin embargo, no debe haber sido tan sorprendente. Ya el Antiguo Testamento había profetizado que “Diré a Lo-ammí: ‘¡Pueblo mío eres tú!’ , y él dirá: ‘¡Dios mío!’ ” (Oseas 2:23). Isaías también había retratado a los gentiles llegando a formar parte del pueblo de Dios. Y Juan había dicho claramente que Jesucristo era “el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”.

El resultado de este paso atrevido de esos creyentes de Chipre y Cirene fue que “la mano del Señor estaba con ellos, y gran número creyó y se convirtió al Señor”. Las buenas nuevas tenían poder no solamente para convertir a judíos, sino también a gentiles. El evangelio es poder de Dios para salvación para todo el que cree, sea judío o gentil, (Rom. 1:16). No requiere ninguna obra o preparación de parte del hombre, sino proclama al pecador que Cristo mismo ya lo ha hecho todo, que se ha cargado con sus pecados, ha muerto en la cruz en pago por los pecados, y con su resurrección ha proclamado que el mundo entero ha sido reconciliado con Dios, que ya no toma en cuenta sus pecados contra ellos. El Señor mismo estaba en este mensaje con todo su poder. La fe viene por el oír, y el oír por la palabra de Dios. Así es que en Antioquía se formó una buena congregación, compuesta de judíos y gentiles, que juntos confesaban su fe en el Señor Jesús.

Lo que sucedió en Antioquía es una lección también para nosotros. No debemos limitar nuestro testimonio al evangelio solamente a gente “como nosotros”, a paisanos y familiares. No debemos decidir que solamente un estrato o grupo social responderá al evangelio. Claro que no excluirémos a los que son más como nosotros, como los creyentes judíos de Jerusalén hablaban a sus compañeros judíos. Pero como los creyentes de Chipre y Cirene, reconoceremos que el evangelio realmente es para todos. Que el evangelio que nos ha salvado a nosotros, podrá salvar también a otros. Que no tenemos que preocuparnos si nosotros seremos bien oídos o podremos convencer a otros, que hoy también la mano del Señor estará con su palabra, y podrá convertir a los que él quiere mediante nuestro testimonio al evangelio. Que nuestras iglesias también sean iglesias que tienen buenas nuevas para todos.

¿Pero qué hacer con el número creciente de personas que confesaban el nombre del Señor? No sólo es necesario que las

personas lleguen a la fe en Jesucristo. También tienen que ser nutridos y alimentados con la palabra, para que crezcan en su fe cristiana y su vida de fe. Pero eso es necesario un fiel ministerio. Y Antioquía era una iglesia con un fiel ministerio. El primero de quien oímos fue enviado por la congregación en Jerusalén. “Llegó la noticia de estas cosas a oídos de la iglesia que estaba en Jerusalén; y enviaron a Bernabé que fuese hasta Antioquía”. Es descrito como un “hombre bueno”, usando la palabra griega que indica un hombre de noble carácter. Lo que le hizo noble era que era “lleno del Espíritu Santo y de fe”. Es un hombre que había dado generosamente de sus bienes en Jerusalén para cuidar a los pobres de la congregación. Cuando Saulo había sido convertido, y muchos tenían muchas dudas acerca de recibir a aquel que tan recientemente había estado persiguiéndoles, fue Bernabé que lo recomendó y lo presentó a los discípulos. Su mismo nombre significaba “hijo de consolación”. Y su actividad en Antioquía se conformaba con este carácter. “Éste, cuando llegó, y vio la gracia de Dios, se regocijó, y exhortó a todos a que con propósito de corazón permaneciesen fieles al Señor”.

El resultado fue aún más bendición de Dios sobre esta joven congregación. “Y una gran multitud fue agregada al Señor”. La congregación seguía creciendo. Dios dio abundante bendición a la predicación de su palabra. Tanto que pronto había necesidad de más ayuda. Fue entonces que Bernabé fue también y extendió el llamamiento a Saulo, que en los últimos años había permanecido en su ciudad natal de Tarso.

Esto también fue un acto de generosidad de parte de Bernabé. Saulo, después conocido como Pablo, pronto echaría a la sombra a Bernabé con la abundancia de sus dones. Pero a Bernabé eso no le importaba. Lo que importaba era que la iglesia de Cristo fuera bien alimentada. Así que buscó a Saulo, aunque sus propios dones brillaran menos en comparación con el gran apóstol a los gentiles. Mostró una loable falta de interés en su propia reputación, y un gran interés en la causa de Cristo y de su iglesia. Feliz la congregación que tiene pastores así.

Así, esta congregación tuvo líderes capaces. “Se congregaron allí todo un año con la iglesia, y enseñaron a mucha gente; y a los discípulos se les llamó cristianos por primera vez en Antioquía”. Esta es la congregación, fortalecida por la predicación de dos destacados mensajeros del evangelio como eran Pablo y Bernabé, que serviría después como base de operaciones de los grandes viajes misioneros de Pablo y Bernabé. Era una iglesia que se fortalecía con la fiel predicación de la palabra de parte de hombres capaces y con gran corazón para la obra.

De esto también podemos aprender algo. Oremos a Dios que dé también a nuestras congregaciones tales hombres fieles, bien probados, que buscan no sus propios intereses, sino los de la iglesia, y así fundan y edifican la congregación sobre el firme fundamento de la palabra de Dios. Hombres que tendrán celo para alcanzar a los perdidos, y que instruirán diligentemente a los que han sido ganados. Hombres que inspirarán a los miembros de la congregación a orar por y apoyar la expansión misionera de la iglesia. Tal congregación será una que es sumamente bendita.

La tercera cosa que oímos de la congregación en Antioquía es de la generosidad que manifestaban como un fruto de su fe. La situación que se presentó es que llegaron varios profetas de Jerusalén, a quienes Dios les había dado información acerca del futuro. Predijeron una hambruna que afectaría a todo el imperio romano. Tal vez esperaríamos una reacción de solamente reunir recursos para prepararse ellos mismos para que no sufrieran carestía cuando llegara esa crisis. Pero no, pensaban de los pobres de la congregación madre en Jerusalén. Muchos de ellos habían sido gentiles, pero reconocieron que los que sufrirían especialmente serían los pobres en Judea. En donde el nombre de Cristo ya era tan odiado de parte de las autoridades, seguramente no habría alivio de parte de ellos para los que profesaban el nombre de Cristo. Así que su reacción a esta crisis era sencillamente comenzar a recoger fondos, sin presión, pero con generosidad, para que cuando viniera esa crisis, los hermanos en Jerusalén no sufrirían hambre. ¡Qué demostración tan maravillosa del poder transformador del evangelio de Cristo, este mensaje que por obra del Espíritu Santo había captado los corazones de los antioqueños.

“Lo cual en efecto hicieron”. No fue solamente un impulso pasajero, sino que realmente lo llevaron a cabo, cada uno dando según Dios le había prosperado, de modo que hubo una buena ofrenda para ser llevado por Pablo y Bernabé a Jerusalén.

Y en este punto también hay un recuerdo para nuestras congregaciones de hoy. Una iglesia verdaderamente cristiana es también una iglesia que no olvida a los pobres de en medio de ella y en otras partes. Uno de los frutos de la fe en que Dios se deleita es la generosidad con los que tienen especial necesidad. Así ha dicho, por ejemplo, en el Salmo 41: “¡Bienaventurado el que se preocupa del pobre! En el día malo lo librára Jehovah.² Jehovah lo guardará y le dará vida, para que sea feliz en la tierra”. Y en el Nuevo Testamento, “Dios ama al dador alegre”. Seguramente no reemplazará la obra principal de la iglesia, que es proclamar el evangelio del perdón de los pecados a los pecadores, que sin este mensaje se perderán para siempre. Pero la ayuda a los pobres, “especialmente a los de la familia de la

fe”, también sigue siendo una parte de la responsabilidad cristiana de la iglesia cristiana hoy día también.

Que el Evangelio de Jesucristo reine en abundancia también entre nosotros, entonces. Que Dios nos conceda pastores fieles que nos alimenten e instruyan en la palabra de Dios. Que ponga en nuestros corazones también un espíritu de generosidad. Solamente en la medida en que él nos da estas cosas seremos una iglesia verdaderamente cristiana. No podemos hacer esto nosotros mismos, ni nuestros esfuerzos. Será gracias solamente al Señor de la iglesia en Antioquía, que sigue siendo Señor de su iglesia hasta hoy. Amén.